

PORQUE TENEMOS UN PADRE

por el élder Paul H. Dunn
de la Presidencia del Primer Quórum de los Setenta



Millones de personas en todo el mundo sostienen al presidente Kimball como Profeta del Señor. En la Iglesia cantamos un himno que dice:

Te damos Señor nuestras gracias,
Que mandas de nuevo venir,
Profetas con tu Evangelio,

Guiándonos cómo vivir.

(Himnos de Sión, N° 178).

Eso es lo que han hecho los profetas a lo largo de la historia. Os testifico que Spencer W. Kimball realmente es un Profeta.

Siempre he sido un gran observador. Me encanta observar a las personas; son interesantes, fascinantes; hay un sermón en cada rostro. Rostros sonrientes, malhumorados, enojados, calmos, infelices, alegres. Caras redondas, cuadradas, ovaladas, graciosas, hermosas, comunes, chocantes, simples. Rostros jóvenes y ancianos.

¿Hay acaso algo más expresivo que el rostro de un niño en su fiesta de cumpleaños? ¿Que los rostros de una pareja recién comprometida? ¿De padres con su primer hijo? ¿De padres orgullosos el día de la graduación de su hijo? ¿Que el de los esposos en sus bodas de oro?

¿Hay acaso algo más gracioso que la carita de una pequeñita de seis años chapoteando a la orilla del mar? ¿Algo más expresivo que el rostro de una jovencita olvidadiza al darse cuenta de que ha hecho dos compromisos para un mismo sábado? ¿Qué el de una recién casada al descubrir que debía haber sacado las judías de la vaina, antes de cocinarlas? ¿Que el rostro de un padre que llama por su nombre a todos los de la casa hasta que finalmente acierta con el que quería?

Por último, ¿hay acaso algo más conmovedor que el rostro de un adolescente sin amigos en un nuevo vecindario? ¿Los de una pareja ante la pérdida de su primer hijo? ¿Los de padres desconsolados ante un hijo descarriado? ¿Los de ancianos solitarios? ¿El de un niño orando?

¡Rostros! ¡Cuántas cosas revelan! Cada uno cuenta una historia. Hablando de rostros, permitidme compartir con vosotros una pequeña experiencia:

Un día estaba grabando un programa de radio que consistía en una serie de diálogos informales con niños. En el estudio había diez u once niños vestidos con sus mejores ropas. Comencé a hablar con ellos, uno a la vez. Confiábamos en sacar de tales diálogos algo interesante que pudiéramos utilizar en el programa. La primera fue una pequeña de cinco años de edad; cuando entró la senté sobre mis rodillas y le dije:

—Dime, ¿Te gusta ir a la Iglesia?

—No —me respondió.

Entonces le pregunté:

—¿Por qué no?

—Es muy aburrido —me contestó.

La bajé y llamé al siguiente para que se acercara. Consideré que no era el momento apropiado de poner a su familia en evidencia.

Hablé con dos o tres niños más, y finalmente la puerta se abrió para dar paso a una pequeña encantadora como un capullo, con su vestidito recién planchado. ¿Os imagináis lo que su madre habrá tenido que hacer para conseguir que ella estuviera lista para venir al estudio? ¡Qué rostro tan inocente! La tomé en mis brazos y le dije:

—¿Cómo te llamas?

—Cory —me respondió.

—¿Cuántos años tienes, Cory?

Ella levantó tres deditos al tiempo que decía:

—Tres.

A esta altura ya no tenía más preguntas que hacer, por lo que simplemente dije:

—¿Sabes cantar?

—Ajá.

—¿Querrías cantar para mí?

—Ajá.

Y sin tener que insistir, ella comenzó a cantar un repertorio de canciones de la Primaria, finalizando con "Soy un hijo de Dios". Yo no sé qué efecto puede tener esto en vosotros, pero yo soy algo emotivo; miré a través del vidrio que nos separaba del cuarto de control, y vi que también el técnico trataba inútilmente de contener unas lágrimas.

Entonces le dije:

—Bueno, Cory, tú cantas como si conocieras a Dios.

—Aja.

—¿Cómo es que siendo tan pequeña —¿ya lo conoces?

Ella me miró, y nunca olvidaré su respuesta.

—Porque tengo un papá.

Y yo pensé: ¡Lo que es el poder de un padre en el hogar!

Luego le pregunté:

—¿Conoces a Jesús?

—Ajá.

—¿Quién es Jesús?

—Nuestro Hermano Mayor—.

.¿Y quieres a Jesús?

—Ajá.

—¿Por qué quieres a Jesús?

—Por lo que hizo por nosotros.

¿Y qué fue lo que El hizo por nosotros?

—Murió por nosotros.

—¿Y por qué haría eso? insistí.

Me miró como diciendo, Pero, ¿es que acaso no lo sabes? y luego respondió.

—Para que tú y yo podamos vivir otra vez.

Y pensé, ¡Qué agudeza maravillosa! ¿No es increíble que las personas puedan saber a los tres años lo que no pueden recordar a los treinta y tres o cincuenta y tres? Lo que ella trataba de decirme es que Dios el Padre no nos tiene olvidados aquí en la tierra, que El no se ha recluso en un rincón apartado del universo para mirarnos desde allí con indiferencia; muchas personas creen justamente que eso es lo que ha hecho. Se niegan a creer que Dios haya formado un universo y un mundo con billones de almas, y aun así, pueda preocuparse por los pequeños problemas de una persona; no pueden creer que sean importantes para nadie, Y menos para el Creador de todas las rosas.

Quisiera decirles que yo sé que Dios vive, que se preocupa por nosotros y que nos conoce, a cada uno por su nombre.

En algún momento entre la infancia y la madurez, muchos de nosotros perdemos la fe simple del niño. ¿Quién apaga la luz de nuestros ojos y la reemplaza por el nebuloso cristal, a través del cual la mayoría de nosotros vemos el mundo y el lugar que ocupamos en él? Quizás sea porque nuestra vida a veces sufre más frustraciones que las que suponemos podemos aguantar; y allí quedamos atrapados en la maraña de las pequeñas cosas.

Como alguien dijo: "A menudo escucho un buen discurso o leo un libro, y me siento realmente inspirado; parece como si el gigante que duerme en mi interior despertara. Pero después, cuando pierdo el ómnibus en la mañana, o me llega una cuenta inesperada que no puedo pagar, o mis hijos se insolentan, y en la oficina le dan un ascenso a otra persona, todas mis buenas intenciones se pierden en las trivialidades del diario vivir".

En ese aspecto todos somos iguales; no importa quiénes seamos o dónde vivamos, ni siquiera nuestra solvencia o nuestra posición social; todos tenemos bastante con el trajinar cotidiano. A veces las tensiones y frustraciones parecen insignificantes; es posible que tengamos mucho para hacer, que nos sintamos despreciados, que perdamos un botón de la camisa o que simplemente no podamos

superar lo mundano. A veces no se necesita demasiado; pero cuando las cosas se van acumulando día tras día, nuestro motor comienza a desgastarse, como le sucedió al lavarropas de una vecina que, por atascársele un mondadientes en el motor, necesitó un arreglo de cincuenta dólares.

Podrá haber épocas en que tengamos que hacer frente a verdaderas tragedias y adversidades. Hay quienes sufren la pérdida de un ser amado que significaba todo para ellos; se puede deteriorar la salud; hasta es posible que entre los que me escuchan haya alguien que no tenga los alimentos que necesita. Recuerdo haber leído el caso de un hombre que fue prisionero de guerra en Vietnam y no pudo dormir por varios meses a causa de los agudos dolores que le producía el beriberi. La única forma de descansar era cuando perdía el conocimiento a causa del terrible dolor. ¿Cómo hacemos frente a tales circunstancias?

Bueno, sea por pequeñas o grandes razones, a veces nos asalta la pregunta: ¿Hice todo lo que estaba de mi parte? ¿Pude haber hecho más? ¿Queda algo de la felicidad esquiva que dejé pasar sin darme cuenta? ¿Cómo hacer frente a todo esto?

Lo cierto es que las respuestas que se han encontrado para tales preguntas, han brindado a la humanidad sus mejores momentos, pues el mensaje del siglo es: Dios realmente vive, Jesús es el Cristo. El se nos ha revelado en los últimos días, y nos habla por medio de un Profeta como el que hemos oído esta mañana. Por medio de profetas contemporáneos podemos conocer la verdad y los principios divinos que nos ayudan a vivir y a adaptarnos, que dan significado y guía a nuestra vida.

Cuando aplicamos estos principios, nada puede vencernos.

No podemos ocultar a Su penetrante mirada lo que realmente somos. Quienquiera que seas, tengas el aspecto que tengas, si estás dispuesto El te acogerá como eres.

El Duque de Wellington dijo, refiriéndose a la Batalla de Waterloo, que no se trataba de que los soldados británicos hubieran sido más valientes que los soldados franceses, sino que la victoria de los primeros se debía a que habían sido valientes cinco minutos más.

A veces esto es todo lo que se requiere en nuestro constante batallar, ser valientes durante cinco minutos más, esforzarnos un poco más, no sentirnos derrotados cuando todo parece estar en nuestra contra.

Conozco a un joven que padece de una enfermedad que le ha privado completamente del uso de los brazos y piernas, debido a lo cual éstos se han atrofiado; la única forma en que puede desplazarse es en una especie de camilla con ruedas, que él guía con el mentón. Pero lo que me resulta maravilloso, es que no se da por vencido. Muchas veces sus pies inválidos van cubiertos por unos calcetines rojos, como un desafío a su inmovilidad, como una marca llamativa que dice a todos los que le ven transitando: "Miradme, no me he dado por vencido".

Recuerdo esta gran frase que hace algunos años aprendí de mi padre: "No importa si intentas y fracasas, e intentas y fracasas otra vez. Lo malo es si intentas y fracasas, y no vuelves a intentar otra vez".

¿Cómo hacer frente a esas cosas? Conozco a una hermana que siempre se destaca por su sonrisa; rara vez se opaca su buen humor. Le pregunté cómo hacía para sobrellevar todos los problemas cotidianos, a lo que me contestó que cuando era niña, iba a llevar en una ocasión una carta importante a su padre, quien estaba parado detrás de una alambrada de púas. En su ansiedad por llegar junto a él, corrió y tropezó cayendo contra la alambrada, y sufrió un profundo corte que le cruzaba la frente hasta la mejilla. Esto le dejó una cicatriz que daba a su rostro la expresión de estar enojada y con el ceño fruncido. Ella me dijo: "No podía permitir que todos pensarán que siempre estaba disgustada; de manera que aprendí a sonreír para deshacerme de mi ceño fruncido".

Ninguno de nosotros puede dejarse vencer, por mayores que sean nuestras dificultades. No fuimos creados con el objeto de ser seres temerosos y derrotados. Hay en nuestro ser algo profundo que nos susurra que pertenecemos a algo más alto; y ese algo más alto es una familia eterna.

También debemos recordar que nuestras penurias terrenales no son demasiado triviales para despertar el interés del Señor. Aquellos de vosotros que estéis al tanto de los adelantos de la astronomía, sabréis que últimamente ha surgido un gran interés en el mundo de la ciencia, relacionado con una galaxia llamada prosaicamente NGC 1961. Parece ser que esta galaxia tiene diez veces la dimensión de nuestra propia Vía Láctea, y cuenta con billones de nuevas estrellas todavía incandescentes.

Cuando pensamos en el hecho de que el Señor ha creado todo eso y que comprende la inmensidad del espacio, la idea nos trastorna la mente, y nos es difícil creer que su interés pueda estar jamás centrado en algo tan minúsculo como nuestro dolor o pequeña preocupación.

Sin embargo, el relato de la vida terrenal de Cristo muestra a las claras que nunca tuvo a menos los temores y las frustraciones humanas de sus compañeros terrenales. ¿Recordáis cuando murió Lázaro, el hermano de Marta y María? Ambas se apresuraron para recibir a Cristo y contarle de su dolor a fin de recibir Su consuelo. Al estar frente a El, ambas le dijeron, "Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto" (Juan 11:21, 32). Mas, ¿quién sabía mejor que Cristo que habría una resurrección y que Lázaro volvería a vivir? El no les dijo: "¡Arriba ese ánimo! Son sólo unos pocos años y volveréis a ver a vuestro hermano". En cambio, las Escrituras nos dicen que "Jesús lloró" (Juan 11:35); lloró compadecido por el dolor y la falta de entendimiento de sus dos amigas. Después, se apresuró a ir hasta el sepulcro para levantar a Lázaro de entre los muertos.

Pensad también en la oportunidad en luego realizó el milagro de los peces y los que Jesús predicaba a la multitud y panes para alimentar a los hambrientos. No estaba haciendo esto para impresionarlos ni por orgullo, sino que percibió la

necesidad humana que tenían de ser alimentados y se valió de sus poderes divinos para satisfacerla.

Pues bien, nuestras frustraciones y desilusiones puede que sean tan sólo agujas en el pajar de la eternidad, mas puesto que nosotros no las vemos así, tampoco son así para el Señor. Dejad de pensar que mañana no tendremos más problemas y que la vida será color de rosa. El Señor aguarda la oportunidad de ayudaros, si ponéis vuestros problemas a sus divinos pies. Orad en forma específica por ellos, ya sean pequeños o grandes, por esos que coartan vuestro progreso y opacan vuestros más caros sueños. Llamad, buscad, y encontraréis respuesta a vuestras oraciones; os lo prometo, porque verdaderamente sois Sus hijos. El os dará el consuelo y el consejo que necesitáis, el valor necesario para que levantéis la cabeza y entrenceis el presente con fe y esperanza.

¿Veis? Mi pequeña amiguita de tres años con los ojos vivaces, tenía razón. ¿Cómo podemos vencer en el mundo de hoy? ¿Cómo podemos hacer frente a las dificultades? La respuesta de Cory era acertada: Porque tenemos un Padre, de lo cual testifico en el sagrado nombre de Jesucristo. Amén.